

punto de pedirte que á mí y á los compañeros que espero, nos pongas en la pista de algún lobo. ¿Estamos conformes?

—Sí—dijo Andrés después de consultar á Celia con la mirada—me encontraréis en el límite del bosque.

En seguida cogió su escopeta y salió.

Catalina se arrojó á los pies del señor y se abrazó á sus rodillas.

—¡Qué bueno es usted! ¡qué bueno es usted!—repetía.

—No me des las gracias á mí, dáselas á la condesa Celia Gregorowna—contestó Penutchkine rechazando á la aldeana.

Catalina se arrastró hasta Celia, que la levantó y la besó.

—¡Vamos, límpiate los ojos!—le dijo—te parecen á mí querida nodriza, que cuando la veía llorar, lloraba yo también.

Pronto llegaron los amigos de Penutchkine: no se bajaron del coche y llamaron desde la puerta.

—Ve de prisa, Alejandrovitch—le dijeron,—que ya es muy de día; nos va á sorprender la noche.

—Que no la vean á usted—dijo el señor á Celia;—es usted demasiado hermosa para aldeana.

—Sin embargo, usted me ha creído tal.

—Me he visto cegado, deslumbrado, pero mi corazón no se equivocó.

Penutchkine llamó á los perros, besó la mano á la joven, y salió echándole una mirada lánguida y humilde.

VII

Andrés volvió por la noche, muy tarde. Celia quiso que se le esperara para cenar.

—La cena es triste cuando falta un comensal—decía.

—¡Es tan fácil una desgracia en la caza por una bala perdida!

Celia, á veces, participaba de sus temores, pero Andrés volvió cansado y cubierto de nieve.

—¡Alabados sean la Virgen Santa y San Sergio!—exclamó Catalina al verlo.

—¿Pues qué Macha, creías que me habían comido los lobos?—preguntó riéndose el joven.

—El lobo... no—murmuró Catalina, que sirvió la cena sin explicar su pensamiento.

—Vamos á ver, cuéntanos tu caza, Andrés—dijo Celia, que había sentido un singular movimiento de alegría viendo volver al joven sano y salvo.

Una desdenosa sonrisa apareció en los labios de Andrés.

—Cinco se han juntado para matar una pobre loba—dijo—y aun no han podido con ella, que se revolvió contra ellos. El señor Penutchkine se ha librado de buena.

—¿Cómo ha sido? Cuéntalo—dijo Macha.

—Veréis: Habían disparado sus cinco tiros; tres balas cortaron ramas de árboles, sólo dos dieron en el blanco, hiriendo en el hombro y cortando una oreja á la fiera. Tan seguros estaban los cazadores de haberla muerto, que corrieron á ella, pero la loba se levantó furiosa y les atacó. Todos huyeron, exepcto Penoutchkine, que vacía derribado y lanzaba espantosos gritos. Como no estaba yo lejos, acudí. Los gritos del señor dominaban los ladridos de los perros, que, más listos que los hombres, estaban á prudente distancia. En efecto, el señor se encuentra en situación muy desagradable—dije

yo, sintiendo á pesar mio invencible gana de reírme.

No podía disparar por temor de herir al hombre, pero como los lobos y yo nos conocemos de muy antiguo, salté sobre el animal y le hundi en la cabeza mi cuchillo de caza, con tanta fuerza que se partió en la herida, pero el animal murió en el acto.

—¡Qué audacia! ¡Eres admirable!—exclamó Celia.—De modo que has salvado la vida á Penoutchkine, y estáis en paz.

—Ni siquiera me ha dado las gracias, y me detesta más que nunca, pero poco me importa. Otra cosa es la que me da cuidado. ¿Está usted segura de que guardará el secreto?

—No olvides, Andreçillo, que soy una rica heredera que aun no han elegido marido—dijo Celia sonriendo amargamente.

Andrés le dirigió su luminosa mirada.

—No me comprendes—continuó,—es natural, porque tu corazón es sencillo y honrado. Penoutchkine, que ha derrochado su fortuna, no intentará casarse conmigo para derrochar la mia. Será discreto.

—Yo, que he vivido más que Andrés—dijo Ivan,—he adivinado el pensamiento del señor cuando le ha perdonado tan pronto. De seguro que piensa en casarse con usted.

—Es un señor—dijo Andrés frunciendo levemente el ceño—y puede pensar en ella sin ofenderla.

—No piensa en mí, sino en mi dinero—dijo Celia;—pero no importa, el caso es que estemos seguros de su discreción.

Era tarde y pronto se separaron.

Andrés, no obstante el cansancio que sentía, no pudo dormir aquella noche. Quería darse

cuenta del extraño estado en que se encontraba su espíritu desde hacia algún tiempo, y veía claro que un sólo pensamiento le ocupaba, que un sólo nombre estaba en sus labios, que una persona, desconocida para él algunos meses antes, había llegado al único interés de su vida y había cubierto como con un velo sus antiguos afectos. Se preguntaba cómo había sucedido aquello y por qué no se había defendido mejor contra aquel amor insensato cuyos peligros adivinó desde el primer día.

Se había figurado hallar un refugio cerca de Akulina, á quien creía amar, pero aburriéndose á su lado, pensaba en Celia. Además, no podía volver á casa de Antonovitch desde que era ostensiblemente el novio de la supuesta prima. Aquel noviazgo simulado había acabado de turbar su alma, determinando sus sentimientos; estaba enamorado de una mujer tan inaccesible para él como para la mariposa oscura la resplandeciente luna que quisiera alcanzar durante la noche. El movimiento de loca ira que le había impulsado cuando vió á Penoutchkine rodear con sus brazos la cintura de Celia, le había hecho ver claro y definido el estado de su corazón; lo que le había exaltado no era la irritación de ver insultada en su presencia una señorita noble, á quien se creía una aldeana, sino un violento y doloroso sentimiento de celos.

Pero en aquel día tan agitado, había existido un momento dulcísimo, del cual Andrés no quería acordarse, y que acudía á su memoria sin cesar; la joven se había apoyado un instante sobre su pecho, haciéndole respirar el perfume de sus cabellos y sentir cerca de los labios un leve allento.

Toda su vida se borraba ante aquel minuto de embriaguez.

Sin embargo, se repitió cien veces que aquella era una locura que debía arrojar de su espíritu tan culpables pensamientos, y al levantarse al día siguiente, tras una noche de insomnio, estaba resuelto á dominar su corazón y proceder razonablemente.

Cogió su mejor caballo y pasó todo el día fuera, mató algunos cuervos que no recogió, y un zorro que llevó á la granja.

Celia se habia aburrido mortalmente, pasando el día llena de impaciencia, y Catalina habia pagado su mal humor, lo mismo que Macha; pero después la joven se disculpó con el pretexto de una excitación nerviosa. Causó gran tristeza á las dos mujeres verla así.

Cuando Andrés volvió, Celia le dijo brusca- mente, enfadada y risueña á medias:

—Oye, no quiero tener un novio que sale sin mi permiso.

—La señora se burla de mí—dijo Andrés.

—Quiero mandar en la casa—prosiguió—y será necesario que mi marido me obedezca.

Andrés la miró un momento y dijo con expresión singular:

—Los aldeanos no son como usted cree; mandan en sus mujeres y hasta las pegan.

—¿Catalina, es cierto eso?—preguntó la condesita.

—Ivan no me pega—dijo Catalina—pero por eso se burlan de él en el pueblo.

Andrés se acostó después de cenar so pretexto de estar muy cansado.

Al día siguiente iba á salir como la víspera, para no volver en todo el día, pero su madre lo detuvo al ir á montar a caballo.

—Quédate, Andrés, la señorita parecia muy preocupada ayer; temo que esté enferma, y si necesita ir á dar una vuelta engancharás el tronco.

—Ya lo hará Fedor y la sacará á paseo.

—Pero puede preferir ella que seas tú.

—No sé por qué—exclamó Andrés;—Fedor guía los caballos tan bien como yo.

Y salió al galope de su caballo, aunque llevaba el corazón en un puño al alejarse, y estuvo á punto de retroceder; pero venció tal debilidad y se internó en el bosque.

Por la noche Celia no habló con él. No habia querido salir y parecia estar triste. Andrés sintió como remordimientos, y al día siguiente no salió.

—¿Quiere usted dar una vuelta en trineo?—preguntó á la joven después de almorzar.

—Debería negarme, pero tengo ganas de ver la nieve. ¡Vamos! Y salieron.

Andrés notó que la lucha contra sí mismo que habia sostenido durante los dos días anteriores no habia dado otro resultado que hacer más ardiente su error. Temía no poder dominar su omoción volviéndose á ver tan cerca de aquella, de cuya compañía queria huir, y necesitaba toda su energia para pensar que realmente no llevaba consigo á su novia por las estepas de nieve, sino á una gran señora que se divertía con él.

En algunos momentos la cólera hacia hervir su sangre.

—En este desierto, y sola conmigo, no experimenta inquietud alguna—pensaba—y me desprecia demasiado para temerme.

Y le dirigió alguna mirada que, afortunadamente, no comprendió ella.

A la vuelta estaba descontento de sí mismo y se tenía mala voluntad por haber consentido en aquel paseo y no haber tenido energía.

—Pronto me haré cobarde—se decía,—me extenuarán las noches sin sueño y un chiquillo podrá conmigo. Hay que buscar un medio de salir de este estado.

Algunos días después se puso el traje de caza y salió al amanecer. Antes de montar á caballo dió un beso á su madre.

—Hoy mataré un lobo—dijo—riendo á carcajadas.

Catalina entró en casa preocupada, sin saber por qué, pero su corazón de madre, que á veces se alarmaba por poca cosa, había sentido un doloroso sacudimiento al ver marcharse á su hijo. No había intentado detenerle, porque sabía que hubiera sido inútil. Permaneció un momento en el umbral de la puerta como petrificada, y después se metió en casa con los ojos llenos de lágrimas y, arrodillándose sobre el banco de madera empotrado en la pared, rezó largo tiempo ante la imagen de San Sergio.

Pensó no comunicar á nadie su inquietud, pero á mitad del desayuno, lanzó de pronto un grito.

Levantando los ojos por casualidad, acababa de ver en la pared las armas de Andrés colgadas en cruz como de costumbre.

—¡Señor! no ha cogido su carabina—gritó.—Ya sabía yo que meditaba alguna locura. Celia palideció y miró á Catalina con angustia.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?—preguntó Ivan poniendo violentamente el vaso sobre la mesa.

—Andrés no se ha llevado la escopeta—dijo.

—Mira, ahí están sus armas. Ivan se volvió y contestó:

—Bueno. Es que se habrá llevado la de Fedor.

—No—dijo éste,—no es posible. Ya sabe Andrés que no vale nada.

—Habrá visto en el camino á un amigo que le habrá prestado una; de todos modos, si no ha cogido el arma, es que no le hará falta.

—Me ha dicho que iba á matar un lobo.

—¡Vamos, vamos! No seas loca. ¿Vas á lloriquear ahora? Parece que tu hijo tiene aún tres años y no puede dar un paso sin tí.

—Una desgracia sucede pronto—dijo Macha.

—¡Bueno! ¡ahora la otra!... ¿Acabaremos ó no?—gritó Ivan dando un puñetazo en la mesa.

—Acabaréis por asustarme—dijo Celia, que se fué á su cuarto llorando también y se sentó en el borde de su cama, llena de asombro por verse tan conmovida.

—¿Estoy loca? ¿Qué me pasa? Creo que si á ese muchacho le sucede una desgracia tendré yo la culpa.

Catalina vino á buscarla á su cuarto.

—¡Qué buena es usted! ¡Cómo participa de nuestros pesares!

—¡Vamos, dime la verdad! ¿Por qué estás tan inquieta?

—Mire, presentimientos. Las madres nos asustamos en seguida. Me ha parecido que á Andrés le pasaba algo raro esta mañana. Sus ojos brillaban más que de costumbre. Me ha dado un beso y luego ha soltado una carcajada que me ha hecho daño. Celia bajó la cabeza.

—¿Pero qué tiene?—dijo con trémula voz:—¿Tiene algún motivo para morir?

—¡Morir! ¡no diga usted eso! Mi hijo cree en Dios y no está loco: aquí nada le falta y es feliz.

—¿Entonces qué temes?

—¡Qué se yo! una desgracia, una imprudencia, porque es muy andaz.

—Pero también es fuerte y diestro; nada le sucederá—dijo ella, y se quedó completamente tranquila.

Catalina se tranquilizó también algo y se ocupó en los quehaceres de la casa, pero el día fué triste. El tiempo estaba muy sombrío, había tormenta y levantaba la nieve, que pronto cayó en grandes copos.

Celia, á través de los cristales, la veía caer. Sacudida por el viento, la nieve parecía sucia, color de ceniza; giraba, huía y volvía luego silenciosamente; á veces parecía subir, y después, con la vista fatigada, no podía distinguir si subía, bajaba, ú oscilaba solamente. Cuando la borrasca agujereaba un momento las cortinas de nieve, disipábase la ilusión.

Llegó la noche y cenaron todos sin Andrés, después de haberle esperado en balde.

Entonces le tocó á Ivan bajar la cabeza, pero no hablaba para ocultar su inquietud. Macha se santiguaba á cada momento y Catalina abría la puerta y escuchaba.

—Sigue nevando—decía al volver.

Celia también aguzaba el oído en cuanto sonaba el más leve rumor; volvían sus remordimientos, se sentía culpable, y habría dado lo mejor de su fortuna por ver aparecer al joven en el marco de la puerta.

Estremeciése de repente:

—Algo oigo—exclamó.

Todos detuvieron la respiración y escucharon, amortiguado por la nieve, el ruido del galope de un caballo. Catalina corrió á la puerta.

—¡El es! ¡El es! ¡Ya vuelve! ¡Qué tontos hemos sido!—gritó.

Poco después entró Andrés en la sala.

Al verle Celia no pudo retener un grito de admiración y espanto.

El joven venía cubierto de sangre, con la cabeza al aire y con el pelo revuelto y lleno de nieve. Una extraña expresión de alegría heroica y feroz brillaba en su rostro, centelleaban sus claros ojos y llevaba al hombro el cadáver de un lobo corpulento.

—¿Le doy á usted miedo?—preguntó á la joven.—No hay que temer, la fiera está muerta.

—No puedes figurarte qué hermoso y terrible estás—le contestó.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Te lo digo porque es verdad. Si hubiera un pintor aquí me comprendería.

—¿Verdad que está hermoso mi hijo?—dijo Catalina levantándose para abrazarle.

—Andrés dejó caer el animal al suelo.

—La sangre manchará el suelo—dijo Ivan.

—Este lobo no ha perdido una sola gota de sangre—respondió Andrés;—no se le encontrará en su piel la huella de una bala ni de un puñal, porque lo he ahogado con mis dos manos.

—¡Dios mío! ¿Estás loco? Ya no cazas, ahora te peleas con las fieras, y por eso no has llevado armas. Pero ¿y esa sangre que te mancha?

—Es la mía. El lobo no se ha dejado matar mansamente; se ha defendido bien. Se me metió en la cabeza atacarle solamente con las armas que debo á Dios.

—¿Y por qué has hecho eso?—preguntó con gravedad Ivan.

—Me sentía cobarde y creía haber perdido las fuerzas, y me he querido enterar bien.

—Bien has hecho—respondió Ivan.

Catalina se persignó y escupió al suelo al oír

UNIVERSITY OF MICHIGAN
BIBLIOTHECA
"ALFONSO" 1933
No. 1825 MONTREAL, MEXICO

semejante cosa, y después fué á buscar la cena de Andrés, que se había quedado á la lumbre.

La joven se sentó y bebió con Andrés; éste comió poco, y como vencido por el sueño y la pereza, recostó la cabeza en las manos y permaneció inmóvil, sin contestar apenas á las preguntas con que le abrumaban.

Pronto fueron todos á acostarse. Celia se quedó sola enfrente de Andrés, que no la veía.

Puso la mano sobre el brazo del joven.

—Dispéñeme usted—dijo éste alzando vivamente la cabeza—si soy descortés. La tempestad me ha soplado brutalmente en el rostro durante muchas horas, y ahora el calor de la habitación me entumecerá.

—Andrés—dijo suavemente Celia,—¿qué tienes? dímelo.

—Creo que tengo fiebre—contestó procurando desasir el brazo.

—Finges no comprenderme, pero bien veo que desde hace algunos días te pasa algo extraordinario. Te ruego que me abras tu pecho.

—¡Me pide usted que la abra mi pecho!—exclamó Andrés con una voz que la asustó.—Quiere usted que desencadene la fiera que me devora encerrada dentro de mí; quiere usted verla eruir y verla saltar. No la teme usted; si, usted la ha hecho nacer y crecer creyendo que era un cordero, y es un león feroz; no juegue usted con él.

—¡Estás muy bien así! Incomparable es el brillo de tus ojos—dijo Celia que con la cabeza apoyada en una mano contemplaba á Andrés con insolente admiración.

—No se ría usted, señora, porque no tiene derecho á despreciarme. Lejos estoy de usted, pero tengo corazón más altivo que muchos de sus

iguales; estos consienten en ser el esclavo y el juguete de una coqueta, y yo me creeria despreciable si lo hiciera así; aquí somos rudos y sencillos, no sabemos dar á nuestra voz esas inflecciones acariciadoras que prenden como un lazo; nada entendemos de esas dulces miradas que entran en el corazón sin querer decir nada. Por aburrimiento, por costumbre, no sé porqué, me ha mirado usted así. Protegida por su orgullo se ha dignado deslumbrarme con la tranquilidad del sol que sabe muy bien que es inaccesible. Pues bien, cerraré los ojos, porque no quiero volverme loco. ¿Conque quiere usted saberlo? Pues por huir de usted me voy á los bosques y busco la compañía de las fieras; para acallar mi sangre me bato con los lobos; quiero matar este amor ofensivo para usted y mortal para mí. Ya sé que la privo á usted de un pasatiempo que le agradaba, pero es que juega usted con mi vida.

—Eres malo, Andrés; nunca se me ha hablado así—dijo Celia.—Ya que mi presencia te irrita, me iré de esta casa.

Andrés palideció y miró á Celia con espanto, diciéndole, después de un momento de silencio:

—¿Quiere usted marcharse de aquí, y por causa mía? Estoy loco: he alzado la voz; me he quejado de usted. ¡Un mujik ha hablado á usted de esa manera! Es que estoy febril, ya he dicho á usted que he sentido hoy penetrar los dientes del lobo en mi garganta, he perdido mucha sangre, no me encuentro como todos los días. Perdóneme usted y dígame que no se irá.

—Me quedaré, pero te ruego que te tranquilices. ¿Por qué estas tan pálido? Tu frente arde, estás enfermo, todavía echas sangre y te vas á desmayar.

—Nada tema usted. Hace un momento, cuando ha dicho usted que se marchaba, he creído que me moría, pero ya se me ha pasado. Olvide usted cuánto la he dicho y perdóneme. Seré su esclavo y fingiré ser su novio, puesto que así lo quiere, hasta el día en que vuelva usted á su casa. Entonces, ya veremos.

—Callate, porque esta noche estas demasiado exaltado—dijo Celia comprimiendo con el pañuelo la herida que Andrés tenía en el cuello.—Aquí no hacéis caso de nada; un noble, en el estado en que tú te encuentras, estaría metido en la cama gimiendo y rodeado de médicos.

—¡Bah! Esto no es nada; he perdido un poco de sangre, y esto á veces es conveniente.

—Por culpa mía te haces devorar por los lobos. Si te hubiesen matado no habría podido yo vivir tranquila. Si crees que no tengo corazón y que me eres indiferente, te engañas. Te aseguro que si fueras mi igual te querría con toda el alma.

VIII

Tibias auras empezaban á correr por la atmósfera, quebraban los ríos su cubierta de hielo y la nieve se ablandaba bajo los rayos más cálidos del sol; terminaba el invierno y preparaba la primavera su llegada. Se anunció al principio con una horrible mezcla de lodo y nieve, y las calles del pueblo se convirtieron en pantanos intransitables, sobre las cuales hubo que echar puentes. En el campo, la nieve que todavía ocupaba algunos sitios, parecía una gran sábana agujereada. Reaparecía la huella de sendas y caminos, y los pinos, envueltos á lo lejos en una especie de neblina morada, reco-

braban de cerca su color sombrío y dejaban caer de sus ramas los últimos carámbanos.

Pronto desapareció todo vestigio de nieve y empezaron los trabajos campestres.

Animóse la granja; volvieron las aves al corral, se arrullaban las palomas en el tejado, abriéronse los establos y los graneros y se bajó el trigo para la sementera. Por la mañana salían dos parejas de bueyes tirando de los arados, y los hombres permanecían en el campo todo el día.

Generalmente Andrés, aunque cazador, gustaba de trabajar en el campo, pero aquel año pareció no enterarse de la venida de la primavera. Cuando Celia estaba durmiendo ó vistiéndose, pasaba horas enteras como absorto, sin decir ni escuchar nada.

—¡Andrés, Andrés, cavilas demasiado!—le dijo un día su padre al verlo apoyado de codos en la mesa mirando fijamente al suelo.—¿No vendrás al campo?

• Andrés hizo una seña negativa. El aldeano se encogió de hombros y se fué murmurando:

—Habrás que casar á este muchacho.

Por la tarde, Andrés corría por el campo con Celia. Iban á ver las primeras hojas que brotaban, los primeros arbustos que florecían. La joven se maravillaba de todo y preguntaba los nombres de los árboles y de las plantas. Una rana que, al asustarse, saltaba bruscamente á un charco, la hacía reír como una criatura; daba un chillido de miedo cuando un insecto atravesaba el sendero, ó se detenía, con un dedo en la boca, para mirar un pájaro que brincaba cerca de ellos, de rama en rama.

Andrés le decía el nombre del insecto ó lo refería las costumbres del pájaro.

—¡Qué sabio eres!—le decía Celia.
A veces encontraban aldeanos que les decían, saludándoles de lejos:

—Pero, ¿cuándo es esa boda?

Otras veces, alguno decía alegremente á Andrés dándole una palmada en el hombro:

—¡Qué suerte, picarón!

—¡Pobre muchacho!—murmuraba Celia.—

¡Con qué paciencia soporta tanta molestia!

—Pues sí, tienen razón—contestaba Andrés.—
La ven á usted á todas horas. Vamos del brazo. Usted no se enfada cuando miro largamente, sin poderlo remediar, ese hermoso rostro con que soy completamente feliz.

Singulares rumores empezaron á recorrer el pueblo; decían que la sobrina de Ivanovitch no era tal sobrina, sino una alta dama que había cometido un crimen, y á quien buscaba la policía, y que había prometido una gran cantidad de dinero á Ivan si éste lograba salvarla de sus perseguidores, siendo su noviazgo con Andrés otra mentira. Akulina era quien había hecho correr aquel cuento. Aseguraba que cuando nadie veía á Andrés, éste hablaba á la señora como á una persona superior. Este rumor empezó á alcanzar crédito; Andrés se enteró y sintió viva inquietud por ser fundado en parte.

Un día hacía ya calor y Celia se hallaba tendida en un soto y Andrés cerca de ella. Nada hablaban. La dorada luz del sol se deslizaba en tenues hilos entre las ramas y cabrilleaba en la punta de las yerbas. Un ruiseñor cantaba en un bosque próximo, y Andrés miraba á la joven, que alguna vez le miraba también, mordiendo una flor.

De pronto, con su oído de cazador, Andrés

distinguió un roce imperceptible entre los árboles.

—Alguien anda por ahí—se dijo,—é inclinándose rápidamente hacia Celia:—haga usted su papel de aldeana, porque nos espían.

—¡Ay, alma mía!—exclamó en voz alta.—
¿Acabará de llegar tu padre para que nos caemos?

—Ya sabes que mi padre está de viaje y su vuelta depende de la voluntad de los amos—contestó Celia.

—Tú lo tomas con mucha tranquilidad. ¿No ves que soy muy desgraciado? Si me quisieras como yo á tí, compartirías mi pesar.

—¿Si dirás que no te quiero?

—Sí, lo digo y lo aseguro.

—¿Qué haré para probarte lo contrario?

—Si me quieres, dame un beso—exclamó Andrés rodeando con su brazo la cintura de Celia.

—Te besaría con mucho gusto, pero eso es malo.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Por qué ha de ser malo dar un beso al hombre con quien has de pasar toda la vida?

—Si no es malo, lo hago con toda el alma—dijo Celia rozando con sus labios la frente de Andrés.—Y ahora, ¿estás contento?

—Si—replicó Andrés en voz baja.

Algunos momentos después un hombre salía de entre los arbustos; fingió ver por primera vez á los jóvenes, y se acercó á ellos. Era un amigo de Andrés que quería saber si las murmuraciones contra ellos eran fundadas.

—Hola, Ivanovitch—exclamó.—Precisamente te estaba buscando.

—¿Te puedo servir de algo?

—Te quería pedir el favor de ser el padrino de tu primer chico.

—Concedido — contestó el joven apretando fuertemente la mano de su amigo.

Una tarde que Celia volvía á la granja con Andrés, Catalina le dió una carta.

—¡Dios mío, es de Pablo!—gritó abriéndola con presteza.

Después leyó en alta voz:

—«Querida y respetada señorita: Su tutor ha muerto de repente ayer mañana. El pobre señor, víctima de una apoplejía, ha dejado este mundo sin recobrar el conocimiento. ¡Dios le haya perdonado!

Ahora es usted libre y dueña de su fortuna y puede volver á su casa sin temor á contrariedades. La señora Prascovia dejará el castillo en cuanto usted llegue, salvo las órdenes de usted. Tendré el honor de ir á buscarla á usted pasado mañana temprano, cuando hayan terminado las ceremonias del funeral.

Besa respetuosamente la orilla de su vestido, con gran satisfacción por volverla á ver, su humilde y devoto servidor,

Pablo Petrovitch.

Después de la lectura de esta carta, Celia miró á Andrés. Este se había dejado caer sobre el banco, pálido como un muerto, y la miraba con extravío.

—De modo que el pobre hombre ha muerto de repente —dijo Catalina.—Nadie podía figurárselo... ¿Qué te pasa, Andrés, que estás tan pálido?—añadió observando el trastorno de su hijo.

—Nada, madre; la alegría llevará á la señorita libre de sus disgustos.

Después de decir estas palabras con voz aho-

gada, Andrés salió de la sala precipitadamente, huyó al monte, y echándose sobre un montón de hierba segada, rompió á llorar como un loco la primera vez en su vida.

IX

Pasados dos días, toda la familia de Ivan Ivanovitch estaba reunida cerca de las doce ante la puerta de la granja, alrededor de un ligero cochecillo tirado por dos caballos negros. Pablo estaba en el pescante, y un criado joven que había traído con él le ayudaba á colocar los equipajes. Varios mujiks, parados á la orilla del Támesis, contemplaban con indolencia los preparativos de la marcha.

Todo estaba dispuesto. Celia, que había vuelto á ponerse su verdadero traje, abrazó á Catalina que lloraba amargamente, á Macha, que lloraba también, á Ivan, á Redor y á Fedia, el chiquito, y después subió al coche.

Andrés, á caballo, quiso escoltar á la joven durante una hora ó dos.

—Siento tristeza al marcharme —dijo Celia echando una mirada á la granja, á la ventana abierta del cuarto donde había vivido y á toda aquella gente desolada.

—¡Qué acostumbrados estábamos á usted! —dijo Catalina sin cesar de llorar.—¡Qué vacía nos va á parecer la casa! ¡Qué tristes vamos á estar!

—Os aseguro contestó Celia—que nunca olvidaré los días que he pasado con vosotros, y que han sido los mejores de mi vida. Vamos, no lloréis más, que á mí también me falta poco para llorar.